

## Ordenando la casa

¡Plas! Ese es el sonido que interrumpió la discusión, el que siempre recordaríamos más tarde cada uno a nuestra manera. Yo de hecho lo recordaba de un modo extraño, como si ese sonido me hubiera devuelto a la realidad que se había desdibujado un rato antes. Para mi hermana con seguridad supuso el instante a partir del cual cambió su mirada, al menos su mirada hacia mí. Para mi madre, una nueva confusión, otra cosa en la que pensar, otro problema a aplazar como había hecho con cuantos se presentaron en su vida, y para mi padre, aunque no estaba y no pudo escucharlo, el instante en que resultó evidente que hacía falta en casa, aunque él nunca lo supiera, en realidad porque le daba igual saberlo o no. El ¡plas! de una bofetada en la cara de mi hermana. Luego solamente recuerdo la marca en su rostro, que enrojeció a una velocidad imparable, no sé si por el impacto o por su rabia o por ambas cosas y mi voz aguda amenazándola con nuevas bofetadas.

Hasta ese momento éramos una familia normal a los ojos de los demás, incluso para los míos. Mi padre estaba siempre fuera de casa, embarcado en algún crucero. A veces le oí jactarse de estar más tiempo sobre el agua que en tierra. Tocaba el piano para los turistas durante las comidas y las cenas, aunque de niño yo siempre creía que hacía más cosas, muchas más y mucho más emocionantes, tareas secretas que seguro influían en el devenir de la política internacional. De hecho siempre pensé que el piano era solamente una tapadera y lo imaginaba infiltrado como espía en cualquier organización terrorista, anticipando atentados, evitando muertes, resolviendo quién sabe qué problemas. Las pocas veces que estaba en casa, permanecía sentado en su butaca, leyendo incansablemente. Para mí siempre fue un hombre muy mayor y enigmático, un tipo de pocas palabras, como correspondía a un agente secreto.

Mi madre era bastante más joven que él, una mujer bella y elegante si no hubiera sido porque dedicó toda su vida a esperar a su marido en casa y a criarnos a mí y a mi hermana,

marchitándose en vida como dicen en los libros, solo que de verdad. Creo que nunca la vi reírse y pocas veces la vi siquiera sonreír, aunque han pasado algunos años y no estoy muy seguro. Las risas eran cosas de mi hermana, eso sí lo recuerdo bien. Ella es dos años mayor que yo y al contrario que mi madre, vivía la vida con intensidad, diríase que la disfrutaba, que cada día era para ella una fuente de nuevas sensaciones. Según mi madre lo había heredado de la abuela, la belleza -rubia brillante de grandes ojos azules- y la alegría juntas, mientras que ella al parecer se había quedado a medias.

Yo era el pequeño de la familia y de los cuatro a quien me resulta más difícil describir. Desde luego no había heredado la belleza de mi madre, era un chico muy normal, tirando a feo para mi gusto. Lo único grato de mi físico eran mis músculos. Era un tipo bajo pero fuerte, aunque no entrenaba en absoluto. De hecho el deporte me horrorizaba y solamente lo practicaba cuando creía que era lo que debía hacer para introducirme en algún grupo o conquistar a alguna de las chicas del instituto, siempre más atraídas por los futbolistas o los atletas que por los amantes de las letras. Pero era un joven nervioso y seguramente tensaba más los músculos yo a lo largo de un día tranquilo que cualquiera de los chicos del instituto en su hora de deporte. Por lo demás era un chico normal, que había heredado el gusto por la lectura de mi padre, que aprobaba haciendo lo mínimo necesario y me relacionaba trabajosamente con los compañeros de clase, sólo lo imprescindible para no parecer el raro.

El año en el que ocurrió lo de la bofetada yo tenía dieciséis y estaba en primero de bachillerato, fingiendo que me interesaba por mi futuro, cuando en realidad lo único que me interesaban eran las chicas y en particular mi hermana a quien había sorprendido un día de ese mismo año en ropa interior con la puerta de su cuarto completamente abierta mirando las diez o doce prendas que había arrojado encima de su cama ocultando todo el edredón. Estaba encogida, tocando telas y mirando colores ofreciéndome sin querer su espalda perfecta, su cadera dibujada con compás y sus largas y delgadas piernas, y yo me detuve como una estatua,

perplejo, recordando las veces que mis compañeros de clase me decían lo buena que estaba sin que les hiciera caso. Ese fue el instante en que empecé a mirarla de otra manera, y la encumbré en mi imagen de anhelo sexual de modo que protagonizaba todas las escenas que era capaz de imaginar a esa edad en los momentos en los que disfrutaba del sexo en solitario. Y aquello que de inicio me hizo sentir como un perverso incestuoso, se fue acomodando en mi mente hasta alcanzar un índice de normalidad que me resultaba confortable, quizá así aprendí que hasta lo más asqueroso que a una persona se le ocurra, puede parecer y convertirse en algo normal, si se imagina a menudo, si se piensa en ello con constancia, hasta interiorizarlo y asumirlo. Así que, pasado un tiempo indefinible, que supongo distinto para cada persona y para cada aberración, todo puede convertirse en asumible, deseable e incluso realizable.

El día de la bofetada mi hermana había traído a un chico a casa con el pretexto de hacer un trabajo para la universidad. Y adelanto que fue un pretexto porque mi cuarto estaba separado de su dormitorio por un liviano tabique a través del cual pude oír sonidos muy alejados del silencio o de las voces que se les supone a dos compañeros que trabajan juntos. Y mi cuerpo reaccionó de un modo muy distinto al que cabe suponer a un joven de dieciséis años, es decir, no pegué mi oreja a la pared, excitado imaginando la escena, o no sentí pudor y me alejé para ignorarla, o no envidié a mi hermana por obtener con facilidad aquello que tan difícil era para mí alcanzar, no pasó nada de eso, porque todo fue sustituido por un acceso de ira desconocido por mí hasta entonces. De hecho me senté en la cama, sostuve mi cabeza con las dos manos y mantuve la mirada fija en un suelo que en verdad no veía, sintiendo en mis dedos la sangre circular en una desenfrenada carrera atizada por cuanto pasaba por mi mente en ese momento de un modo desordenado e inconexo pero que siempre acababa con la cara de aquel chico deformada después de una buena paliza. Mi hermana sobada por un imbécil al lado de mí, en mi propia casa. Y tras la cara deforme del imbécil, se me representó de repente la de mi madre que en ese momento debía estar en la cocina tranquilamente, trajinando mientras aquel anormal se follaba a su hija, consintiendo. Y la hice partícipe de mi odio, de mi

frustración, y trasladé a ellas la culpa. No era yo el perverso, estaba equivocado completamente - pensé iniciando la ruta hacia una ira más controlada -, lo eran ellas, por acción y omisión. Así que mis piernas ordenadas por aquel nuevo y atinado pensamiento, se pusieron en funcionamiento y me llevaron hasta la cocina donde estaba mi madre agachada junto a la lavadora, metiendo o sacando un montón de ropa húmeda, y sin perder un segundo le espeté en la cara que alguien se estaba tirando a su niña en el cuarto. Y a ella solamente se le ocurrió decir “y tú,¿cómo sabes eso?” antes de dejar lo que estaba haciendo y marchar hacia el dormitorio de mi hermana a desechar mis oscuros pensamientos, porque supe perfectamente que iba a eso, a demostrar que me equivocaba y no a confirmar lo que yo decía, y de algún modo entendí que reprobaba mucho más mis palabras que lo que estuviera haciendo mi hermana, y en ese instante confirmé que ya ella era tan odiosa como el chico que estaba metiendo mano a mi hermana.

Y lo cierto es que me quedé en la cocina y nunca supe lo que pasó en aquel dormitorio, en aquel instante, y no sé si mi madre cuando abrió la puerta, se encontró a la pareja, los dos a medio vestir tumbados en la pequeña cama de mi hermana o absortos mirando la pantalla del ordenador de la mesa de estudio, aunque ya era lo de menos, porque lo que realmente sucediera devino insignificante, ya que fuera lo que fuese todo había cambiado, y las cosas iban irremediablemente a desencadenarse como lo hicieron, conducidas hacia su destino natural, el final fijado. Así que cuando escuché cerrarse la puerta de la calle, me dirigí a mi cuarto, y cuando vi a mi hermana en el pasillo mirando a mi madre, diciendo algo que no pude escuchar, mi mano cobró vida y descargó el bofetón sobre la cara de mi hermana del que ya he hablado antes. Aquella cara conocida, marcada en sustitución de la del chico a quien había imaginado golpear un minuto antes.

Aquel día cenamos mi madre y yo solos, mi hermana se quedó encerrada en su cuarto, dirigiendo su rabia, enfrentada quizá por primera vez en su vida familiar a días desagradables a

los que ya no podría conjurar a través de sus sonrisas. Ninguno de los dos hablamos, centrados en nuestros pensamientos, los míos vengativos, los de ella impenetrables, imposible definir lo que se escondía detrás de ese rostro. Y de nuevo me sorprendí odiando a mi madre y a aquel chico que había venido a casa y pasé a considerar a mi hermana como víctima del insaciable deseo sexual de aquel miserable y a mi madre cómplice por negligencia, y cuando me levanté de la mesa estaba convencido ya de que mi madre era la única culpable de todo, incluso de la ausencia de mi padre, a quien había convertido en un pelele, pianista de chichinabo, en lugar de un espía, un personaje capaz de influir en segundo plano en el transcurso del orden internacional convertido en un aprendiz de músico a quien nadie escucha. A saber por qué pasaba tanto tiempo fuera de casa. Me convencí de que incluso mis pensamientos impuros, mi extraña manera de ser, eran producto de su crianza. Resulta curioso cómo nos enteramos a veces de por qué son así las cosas, es increíble que al final podamos estar agradecidos a un pobre universitario ávido de sexo porque es él quien te ha enseñado a mirar tu entorno, te ha guiado para comprender a tu familia y tu posición dentro de ella.

Así que desde aquel momento, a falta de un padre, centré mi vida en cuidar de mi hermana y vigilar que mi madre la atendiera como merecía. Y desde aquel día me puse manos a la obra, movido por mi nueva convicción, y cuando se levantaba a retirar los platos, ordené que la llevara algo para cenar. Fueron nuestras únicas palabras, “está sin cenar, calienta algo para ella” a lo que ella solamente dijo “voy”, marcando el inicio del tipo de conversaciones que íbamos a mantener desde aquel día. Y observando cómo obedecía entendí lo que me correspondía hacer en esa casa. Quizá lo que no supo o quiso hacer mi padre. Mi hermana lo entendió pronto también, lo percibí cuando entré en su cuarto y la besé en la mejilla abofeteada ya con el color casi repuesto, sin necesidad de hablarnos, mis labios apoyados en su delicada piel, puede que un segundo más de lo necesario, ella sin girar su cara, la mirada fija en el ventanal de enfrente.

Y así fui cambiando el orden de la vida diaria y ciertos protocolos, y una noche modifiqué el orden de los cubiertos en la mesa, y el sitio vacío que normalmente se dejaba en ausencia de mi padre pasé a ocuparlo yo, y mi hermana me puso una copa por si quería vino, como correspondía a quien mandaba, gesto que agradecí y nuestra madre respetó, y poco a poco se fue generando un clima de entendimiento perfecto. A veces incluso, nos permitíamos bromear y nuestra cena acababa en risas y burlas convenidas. Y mi tono era distinto para hablar con ellas, como si fuera bilingüe, coloquial y amistoso con una, de autoridad e instrucción con la otra.

Y los días fueron transcurriendo en paz, mi madre entregada a sus quehaceres y mi hermana a sus estudios, recuperada la sonrisa, estudios que yo vigilaba para asegurar el máximo aprovechamiento, poniendo horarios y controlando las salidas, situación que nuestra madre consentía y mi hermana, superadas las primeras discusiones nunca demasiado acaloradas fue entendiendo y asumiendo, agradecida además cuando premiaba sus notas o su comportamiento haciendo que mi madre hiciera las comidas que más le gustaban o permitiendo que saliera más de la cuenta con sus amigas.

Le costó más entender sus castigos cuando no hacía las cosas como era debido, pero en esos casos intentaba siempre explicárselo, razonando con ella, haciéndole ver cuál era mi papel, y cuál el suyo, demostrándole que solamente pensaba en su futuro, lo que ella acababa siempre aceptando y nuestra madre tolerando sin que ninguno de los dos supiéramos nunca lo que pensaba.

Y de algún modo mi nuevo estatus se acomodó en mi vida y fue reflejándose fuera de mi casa, en el colegio y en la calle. De repente me sorprendí participando en alguna actividad en clase, y empecé a socializar y a mostrarme más amable con el resto de compañeros, incluso con aquellos que nunca me habían caído bien. Y ricé el rizo intentando ser amigo del tipo que creí que se había acostado aquel día con mi hermana, en agradecimiento mudo a su contribución

en mi nueva vida. Fue en el bar de moda que en esos días había decidido frecuentar. En mitad de una cerveza abandoné mi grupo y fui a saludarlo con la mirada fija, seguro de mí, sin tener ni idea de lo que iba a decir, movido por la improvisación, convencido de que diría lo adecuado. Y sucedió aquello que era normal desde el día de la bofetada, fui saludado con afecto por el chico y admitido en su grupo como el hermano de mi hermana, encadenando cerveza tras cerveza, entre risas y bromas ajenas que no entendía del todo pero que jaleaba como el que más, ya sin mirar a los chicos del colegio que había abandonado, en constante ascenso. Me encontraba tan a gusto que, llegado el momento, no permití que el amigo de mi hermana se despidiera e insistí en pagar una última ronda. El local estaba ya vacío, las horas habían pasado sin sentir, el reloj de pared marcaba la una y media, la barra ya brillante y despejada, dos camareros se afanaban en la recogida, y yo con cierta dificultad para mantener el equilibrio con aquellas jarras en la mano, en el corto trayecto del mostrador hasta la zona que habíamos ocupado. Me concentré al máximo para que no se me notara el mareo que inesperadamente se había apoderado de mí, y escuché sus voces como lejanas de ahí en adelante, y percibí que entre las bromas ya absolutamente salidas de tono -las palabras tetas, culo, coño repetidas hasta la náusea- salió alguna vez el nombre de mi hermana.

Después el aire fresco de camino a casa, me fue haciendo reaccionar, y maldije la última cerveza tomada varias veces, una apoyado en un semáforo, encogido sobre mí mismo sujetándome el estómago, otra parado entre dos coches, orinando sin disimulo, sin importarme aquellas gotas que rebotaban en uno de los parachoques y caían sobre mi pantalón. Cuando llegué a casa creí estar ya más compuesto, como me correspondía, y nada más entrar como siguiendo la secuencia de la conversación escuchada durante la última cerveza me dirigí al cuarto de mi hermana sin saber qué es lo que realmente quería comprobar.

El cuarto estaba a oscuras y antes de dar el interruptor ya percibí que nuestra madre estaba en el pasillo, a pocos centímetros de mi espalda, así que cuando encendí la luz ya sabía que mi hermana no iba a estar en su cama como debía. Y otra vez la vi, abandonada, devorada por algún universitario sediento de sexo y a su madre pasiva, esperando. Y me di cuenta, desesperado, que nadie había aprendido nada, e iba a girarme hacia ella cuando noté su mano en mi hombro, como una tenaza y su aliento en mi oreja, “no te preocupes, avisó que iba a llegar tarde” y los dos fuimos juntos al salón como nos correspondía a esperar a la niña, los dos sentados en el sofá en silencio, todo estaba dicho, frente a la televisión apagada.

Cuando mi hermana llegó eran casi las tres de la mañana, su sonrisa aún puesta, mientras pedía “perdón, perdón, se me ha hecho súper tarde, he estado en casa de María” y más cosas que no oí, porque los papeles estaban claros, mi hermana me pedía perdón a mí, mi madre se levantaba del sofá para interponerse entre los dos y a mí no me quedó otro remedio que darla una bofetada para que todo sucediera como debía, esta vez con la mano izquierda, en la otra mejilla sin que mi madre pudiera impedir su caída, y allí en el suelo con la falda levantada, las piernas al aire, oí como música amarga los últimos chistes de sus amigos que ese día habían sido los míos y la levanté del pelo la llevé a su habitación, y cerré la puerta detrás de mí, ignorando las palabras de mi madre, “déjala en paz”, “no le pongas la mano encima”, que por primera vez se mostraba ante nosotros.

Mi hermana lloró durante una hora encima de su cama mientras yo la miraba sentado en el suelo, junto al cabecero, como lo haría si estuviese enferma, hasta que al fin dejó de temblar y emitir sonidos y pude ponerle la mano encima para tranquilizarla y acariciar con un dedo su mejilla aún caliente del golpe y del sudor de tanto llanto. No hicieron falta palabras, súplicas ni perdones, los dos solos en mutuo entendimiento, ella seguro que consciente de su mal proceder, culpable por haberme obligado a castigarla de aquella manera, yo ya tranquilo de



tenerla en casa y a salvo de toda aquella gentuza del culo, coño, tetas, y no dejé de acariciar su carita hasta que al fin se quedó dormida, vestida, tal y como había llegado de la calle.

Cuando salí de su cuarto, aún estaba mi madre sentada en el suelo en el pasillo, quieta y silenciosa, olvidada. Tuve que alargar la zancada para pasar por encima de sus piernas sin pisarla. Ninguno de los dos dijimos nada aunque yo sabía perfectamente que en cuanto entrara en mi cuarto, ella lo haría en el de mi hermana en un inútil intento de protegerla y consolarla.

A la mañana siguiente nada había sucedido, todos nuestros movimientos, saludos y despedidas se sucedieron como cualquier día, era nuestra particular manera de afrontar nuestros problemas, escondiéndolos de una patada debajo del armario más cercano, lo que no se ve no existe, y de ese modo, esa segunda bofetada pareció asumida por víctima, testigo y verdugo como una parte del nuevo orden de la casa, el momento en el que alcanzamos nuestra madurez como familia, en ausencia de un padre.

Y así, un día cualquiera, mi hermana se acercó a la salita para anunciar que había acabado de estudiar y pedir la cena mientras yo estaba en el sofá viendo la televisión sin mucha atención. Miré el reloj y me pareció pronto, así que le dije que esperaríamos un poco invitándola a sentarse junto a mí y ella obedeció como ya era costumbre. En la maniobra de ponerse de espaldas y caer despreocupadamente sobre el sofá despidió una ráfaga de aire cargado de un aroma suave, un olor a limpio inconfundible que me produjo un poco de desasosiego. Era un olor tan puro que me molestó la idea de que alguien pudiera ensuciarlo, me parecía mal que alguien lo compartiera, que cualquier nariz que no fuera la mía, la oliera y distinguiera. Tenía más sitio pero eligió el de mi lado. No me preguntó nada, no hablamos, simplemente se sentó y se dispuso a mirar el mismo programa de televisión que yo. Un momento de asueto antes de la cena, esperando la llamada de nuestra madre. Aquel día parecía satisfecha, dispuesta a conversar, a compartir un rato conmigo, casi halagada, e impulsada por esa sensación se

apoyó en mí, hombro con hombro y puso una mano sobre la mía, afianzando el momento del acercamiento, y lo cierto es que me sumí en el desconcierto, así que la dejé hacer, permitiendo que tomara por una vez el mando de la nave, paciente y expectante, y ella empezó a hablarme en voz baja, y a decirme que me preocupaba demasiado por ella en un tono desconocido que me resultaba insoportable, así que miré a otro lado, sin saber que hacer, sin darme cuenta que nuestras dos manos descansaban unidas junto a mi entrepierna. Sin saber qué decir asistí mudo al momento en que ella desplazaba su mano hasta llegar a mi bragueta y seguí mirando la tele, entre el miedo y la expectación, incrédulo, sin oponer resistencia, hasta que ella ya confiada, después de unos instantes cedidos para comprobar mi reacción, empezó a deslizar su mano arriba y abajo hasta provocar que mi virilidad reaccionara como un ser independiente, ajeno a mis pensamientos. Me moví, incómodo para encender un cigarrillo, pero ella interpretó el movimiento como una invitación. Cuando di la primera calada, ella ya había abierto mi bragueta y rodeaba mi miembro con su mano frotándolo cuidadosamente de arriba abajo. Fumé medio cigarrillo mirando la tele, igual que hacía ella. Ya no susurraba, ni me miraba, no hicimos ruido alguno, ni siquiera cuando mojé su mano, momento en el que la aparté avergonzado, de mí y de ella, asqueado por mi comportamiento y rencoroso por el suyo, no tanto por su acción como por haber podido comprobar que no era mi polla la primera que había tenido en sus delicadas manos, repleto de odio, ahíto de un desprecio infinito.

“No me gusta mancharme así”, me sorprendí diciendo, como si el líquido espeso en mi calzoncillo fuera lo que me hubiera disgustado. Ella corrió a la cocina y me trajo un trapo para que me limpiara yaún tuvo la tranquilidad suficiente para intercambiar alguna palabra en voz alta con nuestra madre mientras me tendía aquella tela que cogí mirándola con desprecio, a la que ella respondió con una nueva mirada desde aquellos ojos azules, brillantes y de repente sonrientes, con una pizca de picardía y una gran dosis de reto, una mirada nueva como de entendimiento a la que supe desde ese mismo instante que no me podría enfrentar porque esa batalla la tenía perdida.

Pensaba yo en ello mientras me limpiaba cuando apareció nuestra madre en el salón obviamente ajena al episodio, anunciando la cena, conforme con el nuevo orden y lo que de él viniera.

Aquella espera en el sofá se repetiría muchos días, ya perfeccionada. Bastó con que un día apoyara mi mano en su cabeza, apenas sin hacer presión, para que descendiera y la boca sustituyera a la mano. Me gustaba exhalar el humo de mi cigarrillo apuntando a su melena rubia mientras se movía arriba y abajo. Otro día hice fuerza sobre su nuca para que se mantuviera abajo en el instante final, y desde entonces nunca hicieron falta trapos.

Después de aquellos descansos, siempre me acababa retirando para apagar mi cigarrillo asqueado, diciéndome que no volvería a suceder, hasta el día siguiente aproximadamente a las ocho, siempre minutos antes de que nuestra madre anunciara que estaba lista la cena, mientras ella me regalaba aquella mirada cada vez más triunfal, divertida, porque ambos sabíamos que aquel placer momentáneo era en realidad triunfo suyo.

Ella consciente de que aunque en ese momento yo me acomodara el pantalón asqueado y arrepentido, pasaría en poco tiempo a anhelar la llegada del anochecer siguiente, prisionero de ese minuto de placer, esclavo de ella, consciente yo de que nunca me pertenecería por muchas bofetadas que guardase en mis manos. Y cuando avisaba en fin de semana que no se quedaría a cenar, ya sin pedir permiso, sentía un vacío en el estómago, y sufría como una puñalada su cálido beso de despedida en mi mejilla, un poquito más largo de lo que correspondía, como yo había hecho en su ardiente carita, y esos días la esperaba despierto, para oírla llegar, temeroso de que algún día no volviera.

Hasta que una noche decidí poner fin a nuestra particular guerra y esperé su vuelta esta vez ayudado por media botella de vino blanco, que administré en dosis calculadas, como siguiendo una prescripción médica. La esperé en el salón, sentado en el sofá como aquel día sin la compañía de nuestra madre, innecesaria en el nuevo orden. Cuando entró en casa se asomó a

la puerta de la estancia y me dio las buenas noches, sin besos de despedida, sin aparentar extrañeza de verme levantado a esas horas, sin nada en mis manos, tan solo la botella y la copa en una de las mesitas. Cuando oí la puerta de su cuarto cerrarse, conté cinco minutos exactos, mirando sin quitar ojo las agujas de mi reloj de pulsera, tranquilo, sin ansiedad alguna. Acabada la espera me levanté del sofá, tomé el pasillo y entré en su cuarto, con la misma naturalidad con que lo hubiera hecho en el mío. La habitación estaba a oscuras. No permití que chillara, tapé su nariz haciendo pinza con una mano e introduje un pañuelo en su boca justo antes de que pudiera gritar, forcejamos unos minutos, pero la diferencia física era determinante, de modo que ella aceptó. No se resistió en el momento importante, solamente hizo por estar de espaldas, cosa que consentí. Cuando acabé, me incorporé, retiré el pañuelo de su boca y apoyé mis labios en su mejilla, un instante más delo necesario, antes de salir del cuarto.

La mañana siguiente fue un poco distinta, mi hermana se levantó tarde, su aspecto cansado, su cara sin sonrisa, impenetrable, sus ojos turbios, me pareció igual que mi madre, ya solamente quedaba de ella la belleza heredada, la alegría borrada, las dos idénticas. De repente, allí en la cocina, recordé las veces que me decían que yo era igual que mi padre y oí su voz elevada, discutiendo con mi madre, algunos ruidos olvidados, mi hermana sentada junto a mí en el sofá canturreaba y me daba la mano. Y me pregunté si ella cuando me miraba también pensaba que yo era idéntico a mi padre.

*10 de diciembre de 2019*

*Virginia Troubled*